

VI Domingo Tiempo Ordinario

14 de febrero de 2021

- *Lev 13, 1-2. 44-46.* **El leproso vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento.**
- *Sal 31. R.* **Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación.**
- *1 Cor 10, 31 - 11, 1.* **Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo.**
- *Mc 1, 40-45.* **La lepra se le quitó, y quedó limpio.**

En aquel tiempo, se le acerca a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme».

Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio».

La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio».

Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

(Marcos 1, 40-45)

1. Desde la Palabra de Dios

El Evangelio de este domingo nos habla de la curación por Jesús de un leproso. Hay que darse cuenta que, en tiempos de Jesús, el leproso no sólo era un enfermo, sino además un pecador, castigado con la lepra por su pecado. Tenía que apartarse de su familia y de la sociedad, para vivir

entre los leprosos, marginado de todo trato social. Las leyes prohibían acercarse al leproso y el que lo hacía quedaba igualmente “contaminado” por la lepra y por el pecado. Los evangelistas, al narrar las curaciones milagrosas de Jesús con los leprosos, presentan estos gestos como una liberación total del mal y del pecado y, además, la reintegración a la sociedad civil y religiosa.

En estas circunstancias, Marcos destaca que Jesús, **compadecido**, extendió la mano y **lo tocó**. Lo que mueve a Jesús para acercarse al leproso “intocable”, pecador y maldito, es la compasión. Es el amor de Dios que se conmueve ante el dolor y la marginación de la persona, que rompe las leyes y restituye la dignidad de la persona. Es decir, Jesús rompe las normas de la marginación social, a la que estaba sometido el leproso.

Hay más todavía en esta curación que hace Jesús. Rompe la mentalidad religiosa de aquel tiempo, que miraba al leproso como un pecador, castigado por el mismo Dios por los pecados que el enfermo había cometido. Tocar a un leproso era hacerse semejante a él, asumiendo toda la condena social y religiosa que pesaba sobre el enfermo. Jesús asume toda la responsabilidad ante las autoridades religiosas y civiles. Desde el comienzo del evangelio, por tanto, se nos muestra cómo Jesús carga sobre sí los pecados de la humanidad.

Es significativo también el “cambio de roles” que supone este milagro: Jesús pasa de predicador a proscrito, y el leproso sanado comienza a divulgar entusiasmado lo ocurrido. La curación instantánea de la lepra era signo de los tiempos mesiánicos, de la presencia del Mesías en el pueblo. Había llegado el Mesías, ya que la persona humana era reintegrada a la sociedad y Dios “limpiaba” el pecado del leproso.

Es como la confirmación de la alianza de Dios con su pueblo, el Dios que ha convertido la historia de Israel en historia de salvación, el Dios que ha cumplido en el Mesías la promesa de liberar cuerpos y espíritus.

El leproso curado, a pesar del mandato de Jesús, no oculta su alegría. Pregona entusiasmado el cambio de vida, su nueva regeneración, su dignidad de persona.

Jesús sufre las consecuencias de esta “buena noticia” que pregona el leproso curado. Pues no podía estar abiertamente en ninguna ciudad. Tenía que quedarse fuera, en lugares despoblados (v. 45). Jesús es el marginado, que asume las consecuencias de enfrentarse a unas leyes injustas. Así va encontrando su propia vocación de “Mesías oculto”, que, incomprendido totalmente por las autoridades políticas y religiosas, terminará crucificado.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En estos domingos el evangelista san Marcos nos está relatando la acción de Jesús contra todo tipo de mal, en beneficio de los que sufren en el cuerpo y en el espíritu: endemoniados, enfermos, pecadores... Él se presenta como aquel que combate y vence el mal donde sea que lo encuentre. En el Evangelio de hoy (cf. Mc 1, 40-45) esta lucha suya afronta un caso emblemático, porque el enfermo es un leproso. La lepra es una enfermedad contagiosa que no tiene piedad, que desfigura a la persona, y que era símbolo de impureza: el leproso tenía que estar fuera de los centros habitados e indicar su presencia a los que pasaban. Era marginado por la comunidad civil y religiosa. Era como un muerto ambulante.

El episodio de la curación del leproso tiene lugar en tres breves pasos: la invocación del enfermo, la respuesta de Jesús y las consecuencias de la curación prodigiosa. El leproso suplica a Jesús «de rodillas» y le dice: «Si quieres, puedes limpiarme» (v. 40). Ante esta oración humilde y confiada, Jesús reacciona con una actitud profunda de su espíritu: la compasión. Y «compasión» es una palabra muy profunda: compasión significa «padecer-con-el otro». El corazón de Cristo manifiesta la compasión paterna de Dios por ese hombre, acercándose a él y tocándolo. Y este detalle es muy importante. Jesús «extendió la mano y lo tocó... la lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio» (v. 41-42). La misericordia de Dios supera toda barrera y la mano de Jesús tocó al leproso. Él no toma distancia de seguridad y no actúa delegando, sino que se expone directamente al contagio de nuestro mal; y precisamente así nuestro mal se convierte en el lugar del contacto: Él, Jesús, toma de nosotros nuestra humanidad enferma y nosotros de Él su humanidad sana y capaz de sanar. Esto sucede cada vez que recibimos con fe un Sacramento: el Señor Jesús nos «toca» y nos dona su gracia. En este caso pensemos especialmente en el Sacramento de la Reconciliación, que nos cura de la lepra del pecado.

Una vez más el Evangelio nos muestra lo que hace Dios ante nuestro mal: Dios no viene a «dar una lección» sobre el dolor; no viene tampoco a eliminar del mundo el sufrimiento y la muerte; viene más bien a cargar sobre sí el peso de nuestra condición humana, a conducirla hasta sus últimas consecuencias, para liberarnos de modo radical y definitivo. Así Cristo combate los males y los sufrimientos del mundo: haciéndose cargo de ellos y vencéndolos con la fuerza de la misericordia de Dios.

A nosotros, hoy, el Evangelio de la curación del leproso nos dice que si queremos ser auténticos discípulos de Jesús estamos llamados a llegar a ser, unidos a Él, instrumentos de su amor misericordioso, superando todo tipo de marginación. Para ser «imitadores de Cristo» (cf. 1 Cor 11, 1) ante un pobre o un enfermo, no tenemos que tener miedo de mirarlo a los ojos y de acercarnos con ternura y compasión, y de tocarlo y abrazarlo. He pedido a menudo a las personas que ayudan a los demás que lo hagan mirándolos a los ojos, que no tengan miedo de tocarlos; que el gesto de ayuda sea también un gesto de comunicación: también nosotros tenemos necesidad de ser acogidos por ellos. Un gesto de ternura, un gesto de compasión... Pero yo os pregunto: vosotros, ¿cuándo ayudáis a los demás, los miráis a los ojos? ¿Los acogéis sin miedo de tocarlos? ¿Los acogéis con ternura? Pensad en esto: ¿cómo ayudáis? A distancia, ¿o con ternura, con cercanía? Si el mal es contagioso, lo es también el bien. Por lo tanto, es necesario que el bien abunde en nosotros, cada vez más. Dejémonos contagiar por el bien y contagiemos el bien.

Papa Francisco. Ángelus 15/02/2015

3. Desde el fondo del alma

Señor Jesús,

Tú nos das una hermosa lección. Vas por la vida haciendo el bien a todos, sobre todo, a aquellos que te suplican con fe y confianza. Te compadeces de los humillados. Y les devuelves la dignidad como personas y como hijos de Dios.

Tú nos acompañas a cada uno de nosotros, con solicitud y entrega. Cargas con nuestras cruces más que nosotros mismos. Y quieres que

respondamos a tu actitud y a tu gran amor. Y todo, para nuestro bien y felicidad.

Cuando me siento como “leproso”, aconplejado y dominado por mis pecados, te gritaré:
Puedes limpiarme, Jesús, porque lo quieres Tú mucho más que yo.

Creo, Jesús, en tu poder, que es compasivo y misericordioso. Creo en tu amor, que hace todo lo que puede, para que yo viva alegre aun en medio de los problemas. ¡Gracias, Jesús!
Seré el pregonero de tus bondades.

Ven, Señor y hoy nuevamente danos salud de cuerpo y alma;
hoy nuevamente llénanos de tu presencia y haz que encontremos en ti, la plenitud de vida, que solo Tú nos puedes dar para que actúes y te manifiestes en y por nosotros y así otros te conozcan y te sigan.

Actúa en nosotros y después envíanos para anunciar tu Buena Nueva, como hiciste Tú, haciendo de nosotros instrumentos tuyos que te damos a conocer con nuestra vida con lo que Tú has hecho en nosotros. Amén.